

# EL CASO PARÍS

FIONA SCHNEIDER



CONTRALUZ

# FIONA SCHNEIDER

## El caso París

Traducido del inglés por Beatriz Villena Sánchez



Título original: *The Paris Affair*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Fiona Schneider, 2024

Publicado originalmente como *The Paris Affair* por Michael Joseph, quien forma parte del grupo editorial Penguin Random House.

© de la traducción: Beatriz Villena Sánchez

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.es](http://www.contraluzeditorial.es)

ISBN: 978-84-18945-94-6

Depósito legal: M-15.603-2024

Printed in Spain

*Para Michael, Max, Karla y Lukas*



«[...] El olor y el sabor de las cosas permanecen mucho tiempo en equilibrio, como almas, listas para recordárnoslo, esperando y deseando su momento, en medio de las ruinas de todo lo demás; resistiendo tenazmente, en pequeñas y casi impalpables gotas de su esencia, el inmenso edificio de la memoria».

MARCEL PROUST

*Recuerdo de cosas pasadas*



## Prólogo

### *Lisette* *Agosto de 1942, París*

Lisette cerró la puerta y apoyó la frente en la madera. El estrecho pasillo del apartamento estaba a oscuras. El olor del perfume de Christoph (humo de leña y bergamota) seguía impregnado en su piel. Todavía podía sentir en la boca el sabor de su último beso, cálido, desesperado..., pero se había marchado.

El estallido de una bomba puso fin a su ensoñación. Tenía que pensar deprisa. Volvería antes de que amaneciera. Al menos eso era lo que le había prometido. Cogió la bolsa y la olla de *Eintopf mit Bohnen und Kartoffeln*, y cruzó el apartamento, apartando la mirada de la puerta del dormitorio, con el calor de su piel y sus labios recorriendo su cuerpo grabado a fuego.

Exhaló profundamente. Recordar no servía de nada. Ralentizó la respiración. Estaba entrenada para momentos así. Las emociones no tenían cabida allí. Habían sido esos sentimientos los que la habían puesto en aquella situación.

Apartó las cortinas del salón con dedos temblorosos. A la luz de la luna, los tejados parecían nacarados. Un escua-



drón de aviones volaba bajo por el cielo. Siguió el zumbido de los motores; se dirigían al oeste, hacia Boulogne-Billancourt. Estalló otra bomba, esta vez más cerca. Lisette hizo un gesto de dolor, con el pulso entrecortado. Una luz artificial iluminó el cielo. No quedaba demasiado tiempo.

La puerta de la cocina se abrió. El crujido la sobresaltó. Había un joven con una espesa cabellera paralizado allí. Soltó el aire que se acumulaba en sus pulmones. Por supuesto, era Jacques. Se había olvidado de él. Parecía mayor de lo que había pensado unos días antes, cuando lo vio un instante y supuso que andaría por la veintena. El chico se acercó a la ventana con un leve cojeo.

—¿Qué vamos a hacer? —le susurró en francés con voz profunda, aunque Lisette detectó cierto temblor.

Recordó aquel recibo con una referencia a «Jacques M.». Christoph lo había mantenido a salvo, así que no podía abandonarlo allí.

—¿Crees que podrás viajar? —le preguntó.

Jacques se irguió.

—Por supuesto.

—Entonces creo que deberíamos irnos. *Maintenant*.

Pronunciar aquellas palabras en voz alta las hizo más reales.

Realizó un cálculo rápido. Quedaba suficiente comida en los armarios para varios días. Toda París iba a estar en silencio esa noche debido a los bombardeos, pero ella sabía cómo moverse, a qué puertas era seguro llamar. Podía sacarlos a los dos de allí.

—¿Y qué pasa con Christoph? —respondió, señalando la puerta con la cabeza.

A Lisette se le hizo un nudo en la garganta. No era seguro dejarle una nota. No podía dejar rastro de su presencia o de la de Jacques. Christoph solo complicaría las cosas. Era el momento perfecto para irse. Se mordió el labio. Iba a romperle el corazón, pero ¿acaso tenía otra opción?

Se oyó la detonación de otra bomba. Todavía más cerca. Ambos se estremecieron. Las vigas de la Torre Eiffel brillaron un instante por la explosión.

Jacques se giró hacia ella.

—¿Seguro que quieres salir ahora?

Lisette se encogió de hombros.

—No creo que tengamos otra opción. ¿O prefieres quedarte aquí?

Jacques miró a su alrededor mientras se frotaba la barbilla y esbozaba una breve sonrisa.

—No, prefiero arriesgarme contigo.

Lisette asintió con la cabeza. Cerró las cortinas y miró la bolsa. Christoph había metido dentro su libro de recetas y una muda de ropa. Eso era todo. Quedaba mucho espacio para latas y el *Eintopf mit Bohnen und Kartoffeln*. Se le revolvieron las entrañas de tan solo pensar en el viaje que tenían por delante.

«Mi amor, espero que comprendas por qué me he tenido que ir.»



*Julia*  
*Mayo de 2002, Londres*

El auditorio de Wigmore Hall estaba vacío. Julia se aferró al reposabrazos de terciopelo rojo del sillón con la esperanza de que el silencio calmara su mente. Cerró los ojos e intentó escuchar mentalmente la *Polonesa en do mayor* de Beethoven, pero no hubo suerte.

Bajo el balcón donde estaba sentada, el zumbido de una aspiradora puso fin a aquel silencio. Recordó la voz de su madre: «No hay tiempo para sentarse. Tienes que prepararte para el concierto».

Ya estaba preparada. Había seguido el ritual de costumbre: repasar la partitura, llegar pronto, probar el piano y sentarse en el auditorio. Lo había hecho todo al pie de la letra. Pero había algo diferente, algo que revoloteaba en sus venas como un pájaro atrapado tras un cristal.

Ya había tocado allí muchas veces antes, tras sortear todos los obstáculos de los diferentes concursos de piano año tras año. En esa ocasión, estaba allí como parte de la gira que Sebastian había organizado. Los nervios le provoca-

ron un nudo en el estómago. Abrió los ojos y se puso en pie. El asiento, accionado por un resorte, se levantó con un ruido sordo. Pronto llegaría el público.

Su bolso estaba donde lo había dejado, en la habitación verde, con la partitura que se disponía a repasar una última vez. Su respiración se volvió más lenta. Evitó mirar al resto de músicos y a las fotografías de los pianistas que habían tocado allí antes que ella: Daniel Barenboim, Edwin Fischer y Angela Hewitt. La ponían nerviosa.

—¿Cómo estás? —preguntó Sebastian mientras cruzaba la habitación verde, vestido con un traje a rayas y una camisa blanca. Gracias a Dios, estaba allí. Su presencia hizo que sus nervios se calmaran un poco—. ¿Preparada?

—Casi. —Julia jugueteó con los pliegues de satén de su vestido—. Es demasiado largo.

—Nada que no puedan arreglar unos buenos tacones —dijo Sebastian con una sonrisa.

Se sentó y su proximidad, junto con el hecho de que ambos tuvieran más o menos la misma edad, le hizo sentir cómoda. Ella había sido su primer fichaje hacía seis años, cuando solo tenía veintiuno. Había volado hasta Bonn para escucharla tocar en un recital. Estuvo cerca de ser un absoluto desastre, pero, por suerte, Sebastian pudo escuchar lo suficiente como para saber que quería ser su representante. Era uno de los agentes más jóvenes de la agencia.

—No te preocupes por el vestido —dijo, sin apartar la mirada de ella—. Estás impresionante.

—Sebastian...

—No hay ninguna norma que impida decir la verdad, ¿no? Es una buena noche para estar increíble. Otro paso

más cerca de la reina Isabel —le respondió mientras se recolocaba los puños.

—Lo sé. No me lo recuerdes.

Todos estaban de acuerdo en que Julia era una estrella en ascenso. El Concurso Internacional de Música Reina Isabel de Bruselas era una de las competiciones de piano más prestigiosas del mundo. Pero, a medida que iba ascendiendo, el aire se hacía más denso y frío y, en ocasiones, ese mero pensamiento le provocaba vértigo.

Sebastian le dio un codazo y se echó a reír.

—Venga, no me digas que estás nerviosa. No alguien tan experimentada como tú.

Julia esbozó una sonrisa forzada.

—Por supuesto que no. Estoy deseando tocar.

—Venga, te acompaño —le dijo mientras le ofrecía su mano.

Ambos cruzaron la sala verde en dirección a la puerta del escenario. Julia centró sus pensamientos en la mano que Sebastian había posado en la parte baja de su espalda y en el telón negro que había a ambos lados. En unos segundos, estaría allí fuera.

—No olvides deslumbrarlos —le dijo Sebastian antes de llevarse su mano a los labios y besarla con suavidad sin darle tiempo a que pudiera protestar.

La puerta se abrió y, seguida por los focos, se subió al escenario. Miró al público e hizo una reverencia. La audiencia respondió con un gran aplauso. Se sentó en la banqueta del piano con un enorme nudo en el estómago. Aquel Steinway que tan bien conocía brillaba frente a ella.

Los aplausos se apagaron. «Deslúmbrales», le había dicho Sebastian. Era lo que llevaba haciendo toda la vida: despertar suspiros de placer ante su destreza. Era adictivo a la par que aterrador. Y aquella noche no era una excepción.

Empezó a tocar. De sus dedos brotaron los primeros compases de la *Polonesa* de Beethoven. A lo mejor, al final, todo iría bien.

No había nada parecido a aquella sensación. Estaba sola en un mar de música. Su cuerpo se balanceaba, arrastrado por la melodía. Las notas aparecían a su alrededor y, como por arte de magia, sus manos sabían dónde tenían que ir.

Pero, de repente, sin previo aviso, sus dedos se tensaron. Al principio, era algo apenas perceptible, así que siguió tocando, estirando las octavas y jugando con las secuencias. Las notas se proyectaban en su mente, pero sus dedos eran incapaces de seguirles el ritmo.

La sangre se le acumuló en las orejas. Varios fragmentos de la melodía se rompieron en mil pedazos y cayeron al suelo. Por mucho que se esforzara, la música se hacía añicos, allí mismo, delante de todos. Apartó las manos.

El corazón chocaba contra su caja torácica. No podía mirar al público; no podía mirar a nadie.

Al intentar salir corriendo del escenario, se pisó el dobladillo del vestido. Necesitaba huir de allí, así que abrió la puerta de emergencia y salió al exterior.

—Julia. —Sebastian la había seguido hasta el jardín—. Oh, Dios mío, ¿estás bien?

—No lo sé. Lo siento mucho. No puedo...

Sentía un gran peso en el pecho. Estaba lloviendo y el frío le provocó un escalofrío.

—¿Qué ha pasado?

No se atrevía a decirle que las manos ya le habían fallado hacía dos semanas, durante un ensayo. Había intentado fingir que no había pasado con la esperanza de que no volviera a suceder, pero ahora... El pánico se apoderó de su pecho.

—No puedo volver ahí.

Sebastian acarició su brazo.

—Vale, no te preocupes —le dijo—. Puedes cometer un error de vez en cuando, supongo... Es solo que parece impropio de ti.

A Julia le costaba contener las lágrimas. No estaba dispuesta a permitir que aquella noche lo arruinara todo.

—Te prometo que no volverá a pasar.

Pero, incluso mientras pronunciaba esas palabras, sabía que no dependía de ella.

Sebastian apretó su mano.

—Voy a buscar tu bolso y a llamar a un taxi.

La lluvia no dejaba de caer, empapando el vestido. A lo lejos, podía oír tocar al siguiente artista. Era Chopin, con notas perfectas e impecables. La belleza de la música hizo que se le encogiera el corazón.



## *Fischkotlett*

- 1 eglefino grande
- 1 huevo batido
- 4 cucharadas de pan rallado
- 1 cucharadita de sal y otra de pimienta
- 1 cucharada de manteca
- 3 cucharadas de mostaza

1. Corta en filetes el eglefino.
2. Bate los huevos y pinta con ellos ambos lados del pescado.
3. Rebózalo con pan rallado.
4. Salpimienta.
5. Fríelo en la manteca hasta que se dore por ambos lados.
6. Servir con mostaza.

*Julia*  
*Mayo de 2002, Londres*

El almuerzo había sido un absoluto desastre. Julia intentó limpiar la salsa de los fogones donde habían hervido las alubias. En lugar de concentrarse en la cocina, había estado revisando la partitura de Beethoven por enésima vez, intentando averiguar por qué había salido todo mal. Incluso los palitos de pescado que había comprado en el supermercado estaban chamuscados.

De repente, se abrió la puerta principal. Dejó el trapo en el fregadero. Ya habían vuelto.

—¿Qué es todo esto? —Anna soltó el bolso en la mesa. Su hija, Daisy, se quedó observando el desorden—. Se supone que deberías estar descansando, cariño.

—Quería preparar un té para mi sobrina y mi maravillosa hermana mayor —respondió Julia—. Supongo que no ha salido según lo previsto.

—No tengo que comérmelo, ¿verdad? —preguntó Daisy mirando a su madre.

—Vete a ver CBeebies, anda —la tranquilizó Anna—. Ahora te llevo algo para picar.

A Julia se le hizo un nudo en la garganta. Después de todo lo que su hermana había hecho por ella desde que salió corriendo del Wigmore Hall hacía tres días, ni siquiera era capaz de preparar una comida digna. Las lágrimas brotaron de sus ojos.

—Oh, cariño, no pasa nada. —Anna la rodeó con sus brazos y la sensación de su gruesa rebeca de lana contra las mejillas la reconfortó—. Lo has estado pasando muy mal con tus manos últimamente.

—Es solo que me preocupa que me vuelva a pasar.

—Lo sé —respondió mientras acariciaba la oscura melena de Julia. Lanzó un suspiro—. Siempre te has exigido demasiado. Cuando papá nos dejó, te sumergiste en el piano. Solo tenías siete años, más o menos la misma edad que Daisy.

—Supongo que era una forma de distraer a mamá. Si me viera ahora, Anna, estaría muy decepcionada conmigo.

Anna suspiró.

—De todas formas, no creo que nada la hiciera feliz. Nunca fue capaz de superar que papá se fuera.

—Quizá, si al menos hubiera tenido una relación con nosotras, las cosas habrían sido de otra manera.

Anna apretó la mano de Julia con cierta ansiedad.

—No sabría decirte.

Julia se secó los ojos e intentó recomponerse. No quería que su hermana se preocupara.

—Estaré bien. Tengo el concierto de Praga en un par de semanas, y luego, Salzburgo. Sebastian cree que debo olvidarme del concierto de Wigmore Hall.

Miró sus largos dedos y sus palmas cuadradas y, a simple vista, no parecía haber nada raro. No había querido hablar de aquel problema recurrente con Sebastian, así que solo Anna lo sabía.

—¿Por qué no descansas las manos del piano un tiempo y haces otras cosas? Podrías dedicarte a la pintura o la jardinería. Cielos, hasta podrías aprender a cocinar —soltó Anna con una risita.

—No tengo tiempo para aprender a cocinar —respondió Julia con una sonrisa. La cocina nunca había sido su fuerte—. Este es el año, ¿recuerdas? El gran concurso de piano.

—Pero necesitas descansar, hermanita —añadió Anna con el ceño fruncido—. Jake me obligó a cogerme unos días libres después del funeral de mamá y me sentó realmente bien.

Otro motivo por el que se sentía culpable. Debería haber estado allí, pero se encontraba de gira fuera del país y su madre había insistido en que no la interrumpiera. «Puede que no vuelvas a tener otra oportunidad así», le había dicho, arrastrando las palabras al hablar. Tenía el rostro pálido y todavía torcido como consecuencia del ictus.

Julia apretó el brazo de su hermana.

—Por eso quería prepararos un té a las dos, hacer algo para ayudar, después de todo lo que habéis hecho por mí. Quizá debería posponer mi visita a Christoph y quedarme por aquí un poco más...

Anna negó con la cabeza.

—Ni hablar. Si alguien puede ayudarte, es Christoph.

No había visto a Christoph desde el año anterior. Hacía poco que había cumplido los ochenta años. Le hacía

ilusión sentarse en su sala de música de Bonn y hablar sobre los méritos del pianista y compositor italiano Ludovico Einaudi y sobre la acústica de la Beethovenhalle. Con un poco de suerte, él sabría qué podría hacer con sus manos.

—Estaría bien poder verlo —admitió.

—¿Recuerdas lo nerviosa que estabas cuando fuiste a verlo por primera vez a Bonn? No te podías creer que el famoso pianista Christoph Baumann hubiera abandonado su retiro para ser mentor de una última estudiante. —Anna negó con la cabeza—. Debiste de causarle una gran impresión cuando te vio.

Fue un momento crucial en su vida. Participó en un recital en Fráncfort. En la recepción posterior, se quedó asombrada cuando se le acercó un hombre mayor y vivaracho, al que reconoció al instante: el gran Christoph Baumann. Tenía todas sus grabaciones en su colección de discos y había leído todos los artículos que había escrito sobre piano. A Julia se le secó la boca y se quedó en blanco, pero las primeras palabras que salieron de su boca la tranquilizaron.

Al recordarlo, esbozó una sonrisa.

—Dijo: «Julia, tu interpretación ha sido extraordinaria. Sé que no nos conocemos, pero, de alguna forma, tengo la sensación de que nos hemos visto antes. Háblame sobre ti». Y nos pasamos todo el día hablando.

—Me alegra que vayas a verlo. Su amabilidad y experiencia es justo lo que necesitas. —Hizo una pausa—. Pero espero que Daniel siga trabajando fuera. Con todo lo que te está pasando, es la última persona a la que necesitas ver.

Daniel. El hijo del afamado pianista. Ya debe rondar los treinta y dos años. Fue un hijo tardío y muy deseado por sus padres. Christoph solía bromear con el hecho de que tenía edad suficiente como para ser el abuelo de su propio retoño. De vez en cuando, Daniel aparecía en sus sueños, provocándole una oleada de calor en la piel que la despertaba en mitad de la noche. Incluso en ese momento, tan solo pensar en él la hacía enrojecer.

—No, no va a estar. Nunca está cuando yo estoy.

Hacía seis años que no lo veía, desde 1996. Se frotó las sienes. Si existiera la más mínima posibilidad de que estuviera en Bonn, jamás iría a ver a Christoph.